

Jesús y la Magdalena: la rehabilitada, discípula y enviada

# Ve y dile a mis hermanos

Pedro Trigo, s.j.\*



La cita del título es tomada de Juan 20,17. En este artículo, el autor analiza el texto en el que aparece esa frase de Jesús para pasar luego a explicitar qué significa para la gente en la actualidad. Jesús se aparece en primer lugar a María Magdalena

Según muchos estudiosos de las fuentes evangélicas, María Magdalena fue la primera persona a quien Jesús se apareció.

Se basan en que en la cultura de los evangelistas y de los receptores de los evangelios el testimonio de una mujer no era fehaciente en el sentido de que el testimonio público, digamos oficial, no podía basarse en la palabra de ellas. Si Mateo y el cuarto evangelio lo afirman, es porque no se podía negar que las mujeres fueron las que estuvieron presentes en la muerte y sepultura de Jesús y fueron también las primeras a quienes se dejó ver, junto al sepulcro abierto.

En la lista de las mujeres que da cada evangelista, la única persona que aparece en todas es María Magdalena, que el cuarto evangelio y el epílogo de Marcos presentan como la única destinataria de la aparición. Analicemos, pues, el texto del cuarto evangelio para comprender el sentido de esas palabras de envío.

## DE ELLA HABÍAN SALIDO SIETE DEMONIOS

Antes habría que recordar que según Lucas, María fue una de las mujeres que acompañaron a Jesús en su viaje paradigmático de Galilea a Jerusalén, que ocupa la mayor parte de su evangelio. De ella se dice que Jesús la había librado de siete demonios, noticia que confirma el epílogo de Marcos.

¿Qué significa esto? Que María había vivido una vida muy miserable, sin poder expresarse su persona, secuestrada por un personaje que la impelía a obrar compulsivamente. Así como en otros casos se nos informa algo más concretamente del problema específico, en este caso no sabemos nada. Puede ser la depresión, el desvalimiento, o la cólera o cualquier otro impulso que la dominaba, no moralmente, como si se hubiera entregado al pecado<sup>1</sup>, sino síquicamente. El número siete indica que estaba en el último grado de alienación, de postración personal.

Pues bien, al encontrarse Jesús con ella, ya que en ese estado ella no podía tomar la iniciativa, su persona había por fin aflorado y se había disipado ese factor perturbador. Jesús, al interesarse por ella, mediante su relación personal, había conseguido que renaciera a la vida verdadera, a la vida personal, al uso de la libertad, a la liberación de esa libertad, a las relaciones humanizadoras, a ella misma y a la posibilidad de entregarse personalmente de manera que al salir de sí se encontrara por fin a sí misma. Se podía decir que con Jesús vivía, más aún, comenzó a vivir. Jesús la había puesto a valer.

Ella había correspondido entregándose a Jesús, viviendo para él desde lo mejor de ella misma, creciendo con esa relación hasta hacerse una mujer cabal.

### ELLAS LO SERVÍAN

Marcos, al dar cuenta de las mujeres que veían a lo lejos la tortura de Jesús, dice que eran las que lo habían seguido desde Galilea sirviéndolo. A diferencia de los discípulos, que trataban de hacer méritos para subir y llegar a ser servidos, ellas lo siguieron con la misma actitud de Jesús, que no había venido a ser servido sino a servir. Como tenían la misma actitud de Jesús, digamos su mismo espíritu, pudieron seguir con él en las horas negras y por eso alcanzaron la gracia de participar también las primeras de la gloria de la resurrección.

Es obvio que Jesús no trata de invertir el patriarcalismo por el matriarcalismo. Por eso se alude a esa actitud, que no es una actitud automática de las mujeres. Pero la costumbre de servir podía llevar a servir no por obligación sino con libertad liberada. Y en ese sentido ellas tenían ventaja.

Así pues, el punto de partida de Magdalena es que el encuentro de Jesús con ella la había rehabilitado y que ella se había entregado a esa relación como la vida de su vida y que esa entrega la había llevado a dar de sí de modo sobresaliente, de manera que en esa entrega se había edificado como una persona eximia.

### MARÍA MURIÓ CON CRISTO

Pero Jesús, su vida, había muerto. ¿Qué sería ya para ella vivir? Ella no se lo podía si quiera plantear. Por eso, en cuanto acaba el descanso sabático, regresa adonde había visto que lo habían sepultado. Va al sepulcro para sentir la ilusión de estar con él. Sin embargo, esa relación mutua en la que había consistido su vida, en la que la primera palabra la había tenido él, ahora quedaba reducida a la relación de ella con él: al recuerdo de lo vivido y de él como viviente. Porque ahora él ya no vivía.

Es importante subrayar el comentario del evangelista cuando al asomarse al sepulcro vacío el discípulo amado dice que vio y creyó, “porque todavía no habían entendido lo de la resurrección de los muertos”. María, pues, creía que Jesús ya no existía. O, mejor, que ya no existía en sí mismo, aunque continuaba existiendo en ella.

María se aferra a sus restos. Por eso, al comprobar que no estaban en el sepulcro, corre a decírselo a los discípulos y enseguida regresa. Lo que le contesta al que ella cree el hortelano, revela la confusión en la que se encuentra: “si tú te lo has llevado, dime dónde lo pusiste para que vaya a recogerlo”. ¿Dónde va a ir María cargando con el cadáver de Jesús? Parecería que María está a punto de caer de nuevo en la alienación, en trance de estar poseída otra vez por el demonio. También el amor es fuente de alienación y debe ser salvado. Si María no logra desprenderse de los restos de Jesús, ella deja de intercambiarse con los demás, deja de ser un ser vivo sano y se convierte en una mujer trastornada: locura de amor.

### LA PALABRA DE JESÚS RECREA A MARIA

La palabra de Jesús la saca de ese estado. La nombra como la nombraba cuando vivía en este mundo. Pero ahora quien la nombra es Jesús vencedor de la muerte. Por eso nombrarla es recrearla, convirtiéndola en una mujer nueva, participe de su resurrección. Es el nuevo Adán que en el nuevo jardín, el primer día de la nueva creación, nombra, es decir, da existencia personal, a la nueva mujer.

Es la segunda vez que Jesús salva a María. La vida de María había muerto con la vida de su amado. Su amado resucitado la llama de la muerte haciéndola participe de su existencia resucitada.

La pregunta es qué forma tomará esta nueva existencia. María sabe que es una existencia con Jesús y para él, pero ya definitivamente. Como Jesús ha llegado a su meta, ya no necesita que lo sirva. Por eso María lo que hace instintivamente es echarse a los pies de Jesús.

Pero ésa no puede ser su vida: esa manera de concebir el amor acaba en la muerte. Ése es el contenido de los mitos de amor del Occidente, mitos incompatibles con el cristianismo. El abrazo es una manifestación simbólica, no un modo de vivir. Si obsesivamente se lo quiere convertir en un modo de vivir, el amor acaba en la muerte.

María es salvada de nuevo por una palabra de Jesús: “ve a mis hermanos y diles”. Jesús convierte la vida recreada de María, en envío. En adelante María será la envidada a los enviados, la enviada de Jesús.

Como María ama a Jesús, como para ella, lo único esencial es hacer lo que él le diga, lo suelta y se va de su presencia sin ninguna nostalgia.



Es mejor para ella obedecer su palabra que experimentar su cuerpo. Sabe que no lo volverá a ver ni a abrazar en este mundo. Pero no se devuelve como la mujer de Lot. María cuando se despega de Jesús para cumplir su misión no deja nada atrás. Sabe que Jesús está sólo adelante. Ha subido al Padre. Ella camina hacia él hasta que se encuentren definitivamente en la casa del Padre materno. En adelante vive de su palabra.

Vive en su nombre, como enviada de él, como el Padre lo envió a él al mundo. Lo que se va a encontrar no son gente sin ningún vínculo con ella. Jesús la envía a sus hermanos, que serán ya para siempre hermanos de ella también.

La envía a decirles que miren hacia adelante. Jesús no está aquí, no es un cadáver: les precede ante el Padre, adonde se van a encontrar para siempre con él. Mientras tanto a ellos y a ella les toca reunir a las hijas e hijos de Dios que están dispersos, hacer de la humanidad una sola familia, empezando por los pobres, como hizo el Señor y sin excluir a los tenidos como indeseables.

Pasemos ahora al contenido de la misión: al hacerse Jesús nuestro hermano, nos introduce en su relación filial con Dios.

Es interesante anotar que según el cuarto evangelio es en esta escena donde Jesús revela cabalmente su misterio. El misterio consiste en que, al hacerse Jesús nuestro hermano, su Padre es también nuestro Padre y su Dios, nuestro Dios. Ése es el contenido del reinado de Dios que Jesús hace presente y proclama. Éste es el

contenido de la vida eterna, es decir de la misma vida interna de Dios, que Jesús nos comunicó y que, si la aceptamos y vivimos en este mundo, viviremos para siempre, después de morir, en la casa de Dios.

¿Qué dice esta escena para nuestra misión?

Primero, que nuestra misión está basada en un encuentro personal con Jesús que nos rehabilita y recrea. Un encuentro al que correspondemos con todo lo que somos. Este encuentro no puede faltar. Pero no puede ser cosa del pasado. En el amor no se puede vivir de rentas. El encuentro tiene que ser actual. Y progresivo, cada día más totalizador. No está en nuestras manos decir que sí para siempre ya que somos estructuralmente abiertos. Lo propio del ser humano es reiterar incesantemente sus decisiones.

Si no se ha dado este encuentro, si la persona no ha tenido experiencia interna, de que Jesús es el tesoro de su vida, no es posible ser su enviado.

Si la persona cree que con la ayuda de Dios ella se ha portado bien, aun en medio de sus deficiencias, de tal manera que en cierto modo tiene derecho a la recompensa porque le está dando lo mejor de sí, esa persona no sabe quién es ella ni quién es Dios para ella ni tampoco quién es Jesús, es decir qué papel ha tenido y tiene en su vida.

Esa persona no vive como enviada de Jesús sino como un empleado que está labrándose su futuro en este negocio tan bueno para los demás y para ella. Esa persona no sabe que Dios es gratuito y que la ha estado sosteniendo de la mano y quitándole los obstáculos del camino porque, conociendo su debilidad, sabía que no tendría fuerzas para superarlos. No es fácil que ande enteramente agradecida de su amor constante, previnente y sanante. Y es imprescindible que la persona llegue hasta ahí para que viva como enviada. Éste es, pues, el punto primero. Pero no basta.

#### VIVIR COMO ENVIADA

Es imprescindible que la persona se sepa personalmente enviada: que no vive desde sí ni para sí sino para cumplir la misión. Está bien que nos amemos como hermanos; pero nosotros no somos maestros ni guías ni jefes. Él es el salvador, él nos lleva en su corazón y así, al hacerse nuestro hermano, al definirse por la relación con nosotros, nos introduce en su relación filial con el Padre materno.

Como se ve, la relación con lo anterior es total: en efecto, si la persona no ha experimentado a Jesús como aquel en quien el Padre materno nos introduce en su misma vida, no puede anunciarlo desde dentro. Lo dirá como algo aprendido, como un encargo de una institución. No lo hará presente al decirlo. Aludirá sólo a un

contenido meramente ideológico, aunque asienta a él con sinceridad. Uno no puede vivir para comunicar una buena nueva, si ella no le llena el corazón.

Pero además, la persona no lo hace sólo porque le salga de dentro sino también porque el propio Jesús la ha llamado para hacerla su testigo, como enviada a las hermanas y hermanos. Esa persona vive llevando el nombre del Señor. Ya lo que haga no le deja sólo bien o mal parada a ella sino que santifica el nombre de Jesús y de su Padre materno o lo profana, porque ella lleva ante sus conciudadanos ese nombre sagrado.

El que se sabe enviado nunca deja de admirarse de la confianza que Dios y Jesús han tenido en él. Sabiendo que ellos son gratuitos, se alegra de que quieran servirse de él y trata con toda humildad y verdad de hacerlo en verdad presente con sus palabras y obras. Para transparentarlos procura no tenerse por importante para no desviar la atención hacia su persona. Su mayor alegría es vivir como su enviado.

El contenido del envío: el reinado como camino al reino.

Lo primordial del enviado es ser hallado fiel. ¿Y cuál es el mensaje que se nos ha encargado transmitir? Que todos somos hermanas y hermanos porque todos somos hijos e hijas del Padre materno común.

Esto no es nada obvio. Más aún, parece evidente lo contrario: muchos se sienten individuos sin lazos constituyentes, otros sienten que tienen algunos hermanos, bien sea de carne y sangre, bien de afinidad o de interés común, pero fuera de ellos, los demás no son nada suyo o más bien competidores o incluso enemigos. Esto resulta especialmente palmario en esta época globalizada en la que todos estamos en presencia de todos, pero en la que el desconocimiento de los otros, incluso el sacrificar a los distintos para el provecho mío y de los míos, es un hecho macizo.

Ser todas y todos hermanas y hermanos es un vínculo rigurosamente trascendente. No nace de nuestra historia. Sólo lo establece el hecho de ser todos hijos del mismo Padre materno, de Papadios. Ahora bien, no somos hijos de Dios por el hecho de habernos creado. El Creador nos da nuestro ser. El Padre nos da su propio ser. ¿Por qué podemos afirmar que nuestro Creador se ha hecho también nuestro Padre materno?

Lo afirmamos porque su Hijo único y eterno, al hacerse nuestro hermano, al llevarnos en su corazón, nos ha introducido en su relación filial intradivina. Jesús se ha hecho hermano nuestro, tanto como es hijo de Dios. Al definirse por su relación con nosotros, nosotros hemos entrado a formar parte de su relación con Dios. Cuando él está con Dios, está como nuestro hermano y cuando está con nosotros está como hijo de Dios. Nunca es sólo hermano o sólo hijo. La

buena noticia que se nos encarga comunicar es que nuestro primogénito ya ha llegado al lugar de todo, que no es disolvernarnos en la materia del universo para que prosiga la evolución sino ser recreados por Dios en la propia comunidad divina.

Nosotros vivimos en camino hacia él. El camino consiste en vivir como hijas e hijos verdaderos de Dios, con confianza filial, confianza absoluta porque él ya nos ha dicho que sí incondicionalmente a través de su Hijo. Esta confianza se traduce en disponibilidad a su designio sobre nosotros, que no es otro que el que contribuyamos a hacer de este mundo la familia de las hijas e hijos de Dios. Es decir que nuestra existencia filial se expresa haciéndonos hermanos de todos.

Vivir como hermanas y hermanos no es una de tantas relaciones, es más bien la cualidad que debe impregnar a cada una de las relaciones, de manera que todas acaben siendo fraternas. Relacionarnos con nuestros padres como hermanos hijos, con nuestros hijos como hermanos padres, con nuestros hermanos de carne como hermanos en Cristo, con los compañeros de trabajo, de vida o de partido como hermanos compañeros, con los desconocidos como hermanos desconocidos, con los diferentes como hermanos diferentes, con los enemigos como hermanos enemigos. El empeño constante para que cada una de las relaciones armonicen con la fraternidad en Cristo, es una tarea inacabable: la tarea de la humanización y salvación de todas las relaciones.

Ahora bien, habrá relaciones que no pueden armonizar con ella. Entonces tenemos que dejarlas. Aunque nos duela el alma. Si no, no somos cristianos ya que nos definimos, no por la fraternidad en Cristo de las hijas e hijos de Dios, sino por la relación que absolutizamos.

En esto consiste la misión a la que nos han llamado. Una misión que exige concretarse en múltiples modos, pero todos como canales y expresiones de lo que acabamos de decir.

\* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

#### NOTAS

- 1 La imagen de la Magdalena como prostituta no tiene asidero ni en los evangelios ni en la tradición de los primeros siglos. La identificación viene posibilitada y casi sugerida cuando en la edad media se equiparan demonios y diablos. Eso tiene que ver con el imaginario de las tribus germánicas. En la antigüedad, tanto grecolatina como palestinense, no era posible esa equivalencia. Los demonios o espíritus eran fuerzas ahumanas, que podían ser positivas o negativas, por eso se especifica un mal espíritu o un espíritu impuro. La necesidad de discernir se basa en que puede tratarse de un mal espíritu o del propio espíritu o del buen espíritu.